BELLI PROSISTA

Jorge Cornejo Polar

La aparición de *El Imán*, libro de prosas de Carlos Germán Belli (Fondo Editorial PUCP, 2003), constituye sin duda un hecho significativo en el panorama literario nacional. Se trata, en efecto, del primer libro de prosas de quien es sin duda una voz mayor en el concierto de la poesía contemporánea en lengua española. Y aunque no reúne toda la obra en prosa de Belli (compuesta básicamente por un considerable número de artículos y crónicas) ofrece de todos modos una muestra representativa formada por noventa y tres crónicas de viaje que al haber sido escogidas por el autor hacen del libro una valiosa antología personal.

Los textos en prosa de Belli han aparecido en su gran mayoría en diarios y revistas. Las crónicas de *El Imán* por ejemplo fueron publicadas entre los años setenta y noventa en *El Comercio* y en *Expreso* de Lima. La presente edición que las rescata y las presenta en conjunto constituye por ello una contribución valiosa a la bibliografía literaria nacional.

No obstante parece pertinente recordar que en la obra de Belli existen dos antecedentes importantes aunque no se trate de libros exclusivamente de prosas. Nos referimos a *El buen mudar* (segunda edición, 1987) que comprende diecisiete

prosas y diez poemas y a *La miscelánea íntima* (2003) que trae diecinueve poemas y cuatro prosas. *El buen mudar* se abre con un texto preliminar –“El eterno retorno”– que por su interés conviene examinar brevemente. Cuenta allí Belli cómo después de muchos años vuelve a su mente el recuerdo de *Azul* el libro de Rubén Darío que –dice– “devorábamos con mi padre....y en donde sobre todo cada cual se identificaba a sus anchas”. Lo relee y admira de nuevo “la porfía estilística” de Rubén. Pero hay algo más: “aquello que ahora me cautiva es su propia constitución, en la primera parte varios relatos, luego algunos poemas. El eterno retorno me concede generosamente una nueva enseñanza: he aquí codo a codo las artes de la prosa y del verso.”

De tal modo que fue en *Azul* el libro con el que Rubén Darío –poeta de los más admirados por Belli– inaugura el modernismo, en el que nuestro poeta encontró inspiración para publicar un libro que por su naturaleza dual –poemas y prosas– “es comparable a los dípticos, esos cuadros compuestos por dos tableros”, según apunta el propio autor. Y de *El buen mudar* se pasa casi directamente –en lo que a prosa se refiere– a *La miscelánea íntima* y a *El Imán*, ya que en los libros intermedios, *En el restante tiempo terrenal* (1990) y *Acción de gracias* (1992) sólo hay una prosa en cada uno y *En las hospitalarias estrofas* (2002), no hay ninguna. De *La miscelánea íntima* (Pre-Textos, Valencia, 2003) –publicada un par de meses antes que *El Imán*– habría que decir que, como en *El buen mudar*, agrupa poemas y prosas aunque en proporción diferente, según hemos señalado líneas arriba. Se trata en todo caso de un libro importante que merece por cierto un estudio detenido.

Volvemos a *El Imán* –título que alude a la poderosa, casi magnética atracción que ciertos lugares o el simple hecho de viajar, ejercen sobre Belli– para afirmar que no sólo es importante por lo dicho al comienzo sino que es en sí mismo un libro de calidad excepcional por su contenido y por su estilo. Uno de los rasgos que lo define y al que primero

atenderemos es el siguiente: *El Imán* se presenta como una colección de crónicas de viaje. Sin embargo, un cierto número de sus textos suponen una modificación de la forma tradicional del género. Se trata, pues, en estos casos, de heterodoxas crónicas de viaje. Y esta heterodoxia se manifiesta fundamentalmente en que algunas de estas crónicas relatan no viajes reales como es habitual sino viajes imaginarios o combinan de modo original el relato de viajes reales con el de recorridos imaginarios. Es decir que en tales casos la imaginación, facultad habitualmente ausente en la escritura de crónicas de viaje, asume sorprendentemente un rol protagónico. Y aquí, en el hecho de que el narrador sea a veces un viajero imaginario, reside lo novedoso. No es de extrañar entonces que en el libro aparezca un texto titulado precisamente "Los viajeros imaginarios", en que se explican las ideas de Belli en torno al tema.

Leemos allí que hay dos clases de estos singulares viajeros. Así: "El viajero imaginario posee maneras diferentes de proyectarse. Es inconmensurable el alcance de sus andanzas porque puede coronar todo el mundo, incluso el universo y aun más allá. Este es el viajero cuya imaginación le procura lo estrictamente desconocido, adonde antes nunca había llegado". Estamos ante el viajero imaginario por antonomasia. Pero hay otro tipo que es el de aquellas personas que "cuando viajan vuelven sobre sus huellas mentalmente y piensan nada más que en el punto en que viven".

Belli se inclina naturalmente por los primeros y dice "pongamos a cada cual en los platillos de una balanza y el que pesa más en onzas de oro es aquel que sueña con los ojos abiertos cosas que no ha visto, lugares a los que no llegará".

En consonancia con lo expuesto en esta crónica que es —lo estamos viendo— como una teoría de los viajeros y los viajes imaginarios, éstos en sus diversas variedades son frecuentes en el libro. Un ejemplo del caso prototípico —es decir del viaje puramente imaginario— lo tenemos en "Khajuraho y Sakara

a lo lejos”, dos lugares uno en la India y otro en Egipto a los que Belli en alguna ocasión estuvo a punto de llegar pero circunstancias diversas se lo impidieron. Frente a esta imposibilidad, el poeta se transforma de viajero real en viajero imaginario. Es decir “en ese tipo de mortal feliz que no tiene necesidad de salir del lugar donde habita, no cruza las fronteras de su ciudad ni los muros de su casa ni la puerta de su cuarto, ya que cuenta con todo el mundo a sus pies merced a la fantasía. Desde lejos se consuela en divisar los lugares a los que no llegó; por cierto, soñarlos como son, exactamente según hubiera estado”. El prodigio se ha consumado, el viajero imaginario conoce Khajuraho y Sakara y el lector también. Y hay por cierto algunos otros ejemplos.

Pero hay otro tipo más frecuente de relatos, los de composición mixta en cuanto a su origen. Oigamos a Belli: “finalmente caigo en la cuenta de que el viajero real de carne y hueso puede ser asimismo el etéreo viajero imaginario”. De esta convivencia surgen verdaderas piezas de antología, aquellas en que se dan insólita pero maravillosamente mezclados viajes efectivamente realizados y viajes imaginados o soñados.

En conclusión Belli es pues por una parte el típico “viajero inmóvil” o viajero imaginario, (su admirado José María Eguren es el modelo). Pero es también un frecuente y entusiasta viajero real. De tal suerte que *El Imán* que se alimenta de ambas experiencias (“lo soñado y lo vivido quizá poseen una fuerza semejante... tironean con parecida intensidad”) podría describirse en verdad como el resultado admirable de un diálogo incesante entre la memoria y la imaginación, el fruto en sazón de un juego dialéctico entre lo real objetivo y lo soñado, entre la realidad y el deseo.

El que la imaginación juegue un rol decisivo en alguna de las crónicas de *El Imán* no significa por cierto que la memoria no cumpla función principal en la composición de la mayoría de textos. El propio Belli se identifica en muchos de

ellos como “el memorioso” y en realidad el poeta viajero es dueño de una memoria admirable que reproduce con fidelidad las experiencias vividas. Es una memoria particularmente despierta a dos variedades de asociaciones: a) las que vinculan unas con otras las impresiones que los diversos viajes han ido dejando grabadas en la sensibilidad del escritor; b) las que se podrían llamar asociaciones libres es decir aquellas que sin sujetarse a programa alguno sino siguiendo el movimiento espontáneo del espíritu, van vinculando lo que se descubre en cada viaje con obras del arte y la literatura amadas por el escritor.

Belli ha dicho como respuesta a la pregunta de un periodista ¿qué le gusta de sus crónicas?: “sin ellas, en este momento me olvidaría de tantas cosas... son un arma contra el olvido...”. Podría pensarse entonces que las crónicas de Belli son evidencias de un logrado rescate del tiempo perdido y que, por lo mismo, cada una de ellas salva trozos de vida y evita su destrucción en la vorágine del tiempo.

Una variante en la función de la memoria en las crónicas de Belli, se da cuando el relato que se viene desarrollando en el presente, abandona de pronto lo actual y se dispara hacia el pasado del sitio visitado o del autor. Recordemos algunos ejemplos: “Mis dos Giralaldas” en que en una segunda y reciente visita a la famosa torre se recuerda y revive la primera hecha cuando el autor era joven, “Esos viejos amigos”, “Visitas a Arezzo” o la joya que es “Alejandría, ésta y la otra” Este ir y venir en unas pocas páginas del presente al pasado y viceversa siguiendo el ritmo impredecible de las evocaciones y el ánimo del relator, da a estos textos una agilidad y animación singulares y confirma su condición de poco comunes crónicas de viaje.

De otra parte la lectura de *El Imán*, en la medida que está escrito desde una subjetividad que no se disfraza, puede convertirse en un apasionante viaje por las comarcas interiores del autor. Es decir que leyendo estas crónicas es posible conocer gustos, aficiones, experiencias, ideas de Belli que van

apareciendo al calor del relato. Más aún hay pasajes que revelan directamente hechos importantes de su vida. Por ejemplo aquel en que recuerda con emoción el antiguo álbum, prodigiosamente conservado, en el que su madre escribía o copiaba poemas y coleccionaba recortes literarios sin sospechar que con el tiempo esos materiales serían ávidamente leídos por el hijo poeta y se convertirían en “decisivos en el itinerario de su experiencia”. O aquel otro en que rememora la despedida de su madre en el antiguo aeropuerto de Lima que fue la última vez que la vio. El libro acoge incluso alguna confesión del poeta: “De muchacho una vez renegó de su destino literario porque para él era como un lastre para abrirse paso en la jugada de la vida, en cambio ahora se halla contento ya que gracias a su pluma ha podido darse cuenta que el observar unas poderosas cascadas es como meterse en su propia psiquis” (crónica “Niágara e Iguazú”).

Abundan en estas crónicas igualmente las menciones o referencias a escritores antiguos o modernos caros al autor. Eguren— dios mayor del olimpo belliano —en primer lugar pero también Gómez Carrillo, Darío, Jaimes Freyre, Díaz Mirón, Vittoria Colonna, Leopardi, Apollinaire, Juan Ramón Jiménez, Enrique Lihn, Alfredo Veiravé, Alberto Escobar y una larga lista.

Complementariamente el libro muestra las preferencias del autor —amante antiguo de la pintura y gran conocedor y gustador de ella— en el campo de lo pictórico. Numerosos pintores antiguos y modernos y sus obras aparecen frecuentemente haciendo de las páginas de *El Imán* una no académica pero animada y sapiente serie de lecciones de arte.

Leer *El Imán* es pues en más de un sentido como viajar por las moradas íntimas del autor, conocerlo en alguna medida. Este conocimiento puede iluminar por cierto algunos sectores de la poesía de Belli, pero independientemente de ello, el sólo asomarse al mundo personal de un escritor de la talla de Belli resulta desde luego fascinante.

El estilo extremadamente original de la prosa de *El Imán* merece atención especial. Puede decirse para comenzar que hay desde el punto de vista de la escritura crónicas escritas en primera persona y otras en que el narrador alterna la primera con la tercera persona. Son éstas las que llaman particularmente la atención porque en ellas curiosamente Belli se desdobra y se refiere a sí mismo y a sus andanzas con cierta distancia –desde la que a veces se critica a sí mismo– como si el sujeto de la acción fuera otro aunque el lector sabe bien que es el mismísimo incambiable, inefable Carlos Germán Belli.

Examinemos una de las crónicas –“Dos capillas en la memoria”– para ver el funcionamiento de ese doble sistema narrativo. En el texto que se refiere a dos capillas, la Brancacci en Florencia y la Rothko en Houston, se comienza usando la primera persona del singular –“hace un tiempo las visité” explica el narrador que luego se dedica a la de Rothko:...” primeramente voy a la capilla de Houston”. La describe como expresión del arte moderno. El relato pasa enseguida a la tercera persona: “el memorioso se repliega en sí mismo... y en un santiamén se encuentra recorriendo la capilla Brancacci en el corazón de Florencia”.

En el final sigue el predominio de la tercera persona y descubrimos así que en éste como en otros casos, el autor se refiere a sí mismo como “el memorioso”. Leemos: “Pero dejemos la feliz recuperación de la capilla florentina y por último el memorioso se pone a contrastar, según era de esperar, esas dos etapas artísticas diametralmente diversas como el día y la noche” (la pintura antigua y la corriente abstracta contemporánea).

Hace mucho vengo sosteniendo que Belli con su poesía ha fundado lo que he llamado “el espacio belliano” es decir un territorio verbal absolutamente personal y por tanto único, inimitable, irrepetible. Precisamente esta radical originalidad del mundo creado por Belli es una de las razones que explica

el creciente reconocimiento de que goza. Pero pensaba entonces sólo en la admirable poesía de Carlos Germán. La lectura de las crónicas de *El Imán* y en general de su obra en prosa, me lleva al convencimiento de que el “espacio belliano” no es dominio privativo de su poesía, las prosas del poeta tan singulares en su concepción y estilo, hacen parte de él naturalmente.

Concluyamos, pues, *El Imán* que es como una invitación a viajar por el mundo y por el mundo del autor, debe leerse por eso mismo como éste lo pide, con la inteligencia, la imaginación y la sensibilidad alertas. Sólo así se podrá disfrutar de sus riquezas a plenitud. Su publicación lo decíamos desde el comienzo es un acontecimiento en el proceso de nuestras letras.